

Los balleneros vascos crearon la primera actividad industrial de América del Norte

Bale-ehizaren inguruan, euskaldunek Ipar Ameriketan lehenengo jarduera industriala barneratu zuten. XVI. mendea produktiboena izan zen eta uste da mende horretan 2.000 arrantzale inguru Euskal Herriko kaietatik San Lorenzoko estuariora joaten zirela, Kanadara, hain zuzen ere. Jarduera horrek aberastasuna ekarri zuen Euskal Herrira, baleen koipearekin lortzen zen olioa garaiko petrolioia izatera iritsi baitzen.



Los vascos lo empezaron". Esta frase pronunciada por el presidente estadounidense Thomas Jefferson, acuñada en 1788, hacía alusión a que algunos siglos atrás fueron estos pescadores los que descubrieron al mundo conocido de entonces la técnica de la caza industrial de las ballenas. Pueblos como los inuits (mal llamados esquimales) ya lo hacían antes, pero fueron los balleneros vizcaínos y guipuzcoanos, y también los de la costa labortana, quienes introdujeron la captura ballenera a nivel comercial y convirtieron esta práctica en la primera actividad industrial de América del Norte.

Los textos de la época indican que los vascos llegaron a América del Norte en 1517, sólo 17 años antes que el explorador francés Jacques Cartier, pero algunos piensan que hicieron la travesía antes que Cristóbal Colón (1492). Sea como fuera, el siglo de apogeo para los pescadores vascos fue el XVI. Se calcula que en esa centuria unos 2.000 "arrantzales" partían anualmente desde los puertos vascos hacia el estuario del río San Lorenzo (Canadá) –entonces conocido con el nombre de Nueva Vizcaya– en busca de estos inmensos mamíferos que acudían allí desde el Ártico para alimentarse y reproducirse. Su grasa convertida en aceite fue una gran fuente de riqueza para el País Vasco. Según el arqueólogo marinero Robert Grenier, el valor de cada barril que llegaba desde esas latitudes equivalía a 7.000 dólares actuales.

En el estuario de San Lorenzo los vascos establecieron numerosos asentamientos. Los arqueólogos de Parks Canada (organización gubernamental para la protección del patrimonio cultural) han descubierto al menos 15 asentamientos del siglo XVI diseminados por esta zona. El que más vestigios aporta es Red Bay, en Labrador, un lugar estratégico desde el que se controla la ruta migratoria de las ballenas. Todavía pueden verse restos de los hornos que utilizaban para fundir la preciada grasa de las ballenas y obtener el petróleo de la época; partes de cabañas donde se elaboraban los barriles y tejas llevadas del País Vasco. En Saddle Island, en las orillas de la bahía, hay 140 tumbas de marineros vascos que nunca pudieron regresar.



**Utensilios de la época
y tumbas de
marineros vascos.**



La relación que establecieron estos hábiles marinos con los indígenas de la zona no sólo fue comercial. Los vascos también propiciaron intercambios lingüísticos entre el euskera y la lengua mi'kmaq. Varias investigaciones históricas confirman que algunos balleneros dejaron, al zarpar de vuelta a casa, a algún grumete entre los mi'kmaq para que pudiera aprender su idioma y costumbres, con el fin de establecer una relación más fluida en las siguientes campañas.

Los balleneros salían generalmente del País Vasco en la segunda semana de junio. La travesía del Atlántico duraba más de 60 días, dependiendo de las dificultades que pudieran surgir. Llegaban a Terranova (la tierra nueva, así llamaban a América) en la segunda mitad del mes de agosto, a tiempo para interceptar las ballenas en su migración otoñal del Océano Ártico hacia los mares del Sur. Una vez arribados, preparaban las instalaciones: el muelle, los hornos, las cabañas donde guardaban los toneles y sus propios refugios para vivir en tierra. La caza duraba hasta el fin de año. El invierno recubría de hielo las aguas de la bahía, que podía aprisionar a un barco. Sólo se quedaban en América del Norte durante la temporada invernal si no habían conseguido llenar el barco. En estos casos, completaban la carga en la primavera, en la migración de las ballenas hacia el norte.

El viaje de retorno era habitualmente más corto, entre 30 y 40 días, gracias a las corrientes y los vientos favorables. Esto si todo iba bien, ya que las travesías eran muy peligrosas: además de los riesgos de naufragio por las tempestades, debían enfrentarse a los piratas europeos.

El “descubrimiento” de Islandia

Diversas circunstancias, como el descenso en la población de ballenas y el reclamo de la Corona española de naos y hombres para incorporarse a la frustrada Armada Invencible, acabaron con aquel filón al norte del continente americano.

En el XVII, los vascos del norte continuaron con la captura de cetáceos allá en Terranova y fueron imitados por británicos y holandeses, quienes extendieron su actividad a las aguas del Ártico en busca de nuevos caladeros, cerca del archipiélago de Spitsbergen.

En 1613 los vascos intentaron la caza en aguas de Islandia. Aquella nueva tentativa, que comenzó con hasta 17 barcos, duró sólo tres años y la experiencia fue tan dura como su clima. Tanto es así que allí dejaron sus vidas -no ya ahogados, sino asesinados- muchos marinos vascos, entre ellos el capitán donostiarra Martín de Villafranca y una veintena de sus hombres.

Historiadores islandeses dan fe de los problemas a los que se enfrentaron los balleneros vascos, en una tierra inhóspita y pobre. Los gobernantes locales y, sobre todo, el cambio de postura del rey danés Christian IV, influyeron en que esta aventura acabara tan mal. La Corona danesa llegó incluso a promulgar leyes para atacar a los balleneros vascos si los islandeses entendían que entorpecían su vida o infringían sus leyes. En el fondo, más allá del buen o mal comportamiento de las tripulaciones vascas en tierras tan áridas -según el profesor de Cambridge Barkman Huxley, especialista en historia marítima y económica vasca del siglo XVI- demandaban los intereses geopolíticos y comerciales que querían a los vascos fuera del lucrativo comercio ballenero.

De aquella presencia vasca en Islandia quedan pecios hundidos frente a las costas, así como algunos vestigios similares a los encontrados en el estuario de San Lorenzo.

Aquellos “arrantzales” que, según los cronistas islandeses, cubrían sus cabezas con boinas rojas, de nuevo volvieron a Terranova, pero ya compaginaban la caza de ballenas con la de bacalao y la de focas en un intento de mantener a flote el oficio que los vascos enseñaron a otros países.